

SONETOS DE SENTIRES VARIOS, DE JUAN ANTONIO RUESCAS

Antonio Chicharro

El autor de *Sonetos de sentires varios* (Granada, Port Royal, 2012), Juan Antonio Ruescas, es granadino de nacimiento, con experiencias de vida en pueblos de la Mancha, en Madrid y otras ciudades del mundo, cuenta con una sólida formación universitaria que se orientó finalmente hacia el discurso de la filosofía, además de gran experiencia docente universitaria en países como Japón, entre otros. Ha publicado numerosos artículos de prensa, un libro en colaboración sobre lengua y cultura japonesas y otro de prosas vivenciales basadas en una etapa suya de trabajo en el aeropuerto de Barajas. Este libro, *Yumbo y yo* (1996), posee un título que resulta ser intertexto juanramoniano de *Platero y yo*. También ha publicado poemas en revistas y antologías y es ahora, en un momento en que la vida del autor llega a un dorado otoño pleno de sabiduría, cuando nos ofrece esta gavilla de poemas a modo de, como leemos en la contracubierta del libro, “epítome de una vida extensa, pluriforme y cosmopolita”. Y en efecto, el libro está lleno de poemas que, si bien resultan uniformes al haberles impuesto su autor la estructura del poema estrófico que es el soneto, acaban resultando pluriformes en los aspectos de sus temas, significación y sentido, como define su vida misma Juan Antonio Ruescas. De ahí que el título del poemario incluya el adjetivo ‘varios’, como vamos a ver.

Sonetos de sentires varios es en apariencia un título que tiende a la sencillez y busca la denotación. Pero esta sencillez queda en entredicho cuando nos ponemos a analizar qué significa ‘sentir’ en tanto que verbo y sustantivo. Si tenemos en cuenta que el *Diccionario de la Real Academia Española* recoge nada menos que catorce acepciones para esta palabra en función verbal, siendo la primera “Experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas”, en las que -no lo olvidemos- intervienen todos los sentidos, comprenderán lo que quiero decir. En función de sustantivo, ‘sentir’ y su plural como aquí se usa ‘sentires’ significan “Sentimiento del ánimo”, siendo sentimiento la acción y efecto de sentir o sentirse. No cabe duda que, como ocurre con los más grandes poetas, y pienso ahora en Antonio Machado, la sencillez guarda una profunda complejidad. Si no fuera esto así, nuestro autor no se hubiera molestado en aclararlo en el proemio del libro. Allí dice:

Y ¿por qué la preferencia de “sentires” a “sentimientos”? Porque mediante “sentir” suele entenderse algo (...) más simple y dado, mientras que “sentimiento” connotará una afección compleja y difusa, tal que parece rebasar cualesquiera términos que tratan de expresarla, incluso de los grandes poetas, sin que ello obste para que “románticos” de todo tiempo y lugar recalcitren en poetizar sentimientos.

En todo caso y a pesar de su expresa intención de apuntar a lo más simple y dado, esto es, a la consecuencia poética de las acciones de haber sentido muy concretamente en muy diversas circunstancias y de las más variadas maneras, como rasgo que unificaría el conjunto de los poemas del libro, no parece haber duda de que estamos en la complejidad. No en balde y en relación con el autor de *Campos de Castilla*, quiero recordar lo que dejó escrito sobre su hondo sentimiento frente al paisaje, una reflexión en la que subraya la naturaleza social del mismo, así como la consideración de que lo que persigue con él es trascender la propia experiencia del mundo exterior en el sentido, como razona Aurora de Albornoz, de cuanto más personal o íntimo u hondo más universal. Leo su texto:

El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del YO con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del TÚ, es decir, de otros sujetos. No se puede llegar a esta simple fórmula: mi corazón, enfrente del paisaje, produce el sentimiento. Una vez producido, por medio del lenguaje lo comunico a mi prójimo. Mi corazón

enfrente del paisaje, apenas sería capaz de sentir el terror cósmico (...) Mi sentimiento ante el mundo exterior, que aquí llamo paisaje, no surge sin una atmósfera cordial. Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien NUESTRO. Sin salir de mí mismo, noto que en mí sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro, aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada. Que lo sea también para los demás, éste es el problema de la expresión lírica. (Machado, 1917).

Si seguimos para nuestra explicación el argumento de Antonio Machado, habremos de aceptar que los tan sencillos como trascendentes sentires poéticos de Juan Antonio Ruescas participan de alguna manera de nuestros sentires y son condición material para reconocernos en ellos y revivirlos en nuestras lecturas. Resulta algo más que una coincidencia, en esta relación que establezco con Antonio Machado, que la primera sección del libro lleve a su título el mismo adjetivo que emplea Machado cuando habla de su hondo sentimiento frente al paisaje: “Sonetos del hondo sentir”. Veremos en qué se demoran esos sonetos y en qué consiste ese hondo sentir. Pero antes habremos de conocer el libro en su disposición interna.

Sonetos de sentires varios consta de un proemio y un total de setenta y cinco poemas distribuidos en cinco secciones que llevan por título: “Sonetos del hondo sentir”, “Sonetos del amoroso sentir”, “Sonetos del llano sentir”, “Sonetos de lugares sentir” y por último “Sonetos del temporáneo sentir”.

En cuanto a los principios que rigen su poética, disponemos no sólo de los que los poemas guardan en sí, sino de una breve exposición abierta de los mismos en el proemio del libro. Así, nuestro poeta expone a sus lectores lo siguiente: que el sentir no es libre ni se inventa, sino que brota natural y espontáneamente según personas, lugares y tiempos; que el sentir es difícil de explicar al tener algo de incomunicable, si bien, podemos añadir nosotros, el poema logra su manifestación o mostración; que ha elegido la estructura métrica del soneto como una manera idónea de ahorrar verbalmente esos sentires, aunque con ella corra el riesgo de parecer retórico y fingido; que prefiere y es su norma el estilo que llama “clásico”, dejando de lado cierta corriente hermética cuando no críptica de la poesía contemporánea; que propende finalmente a inclinarse al tratamiento de aspectos trascendentales u hondos, entre otros de perfil más próximo o inmediato, esto es, más llanos.

Tras estas consideraciones acerca del título, la estructura y los principios del libro, creo que estamos en condiciones de señalar algunos otros aspectos del mismo. Para empezar me referiré a su uso del soneto. Como es sabido, el soneto es una composición poética de origen italiano que consta de catorce versos en su origen de arte mayor, endecasílabos, aunque se conocen variantes de arte menor, de rima consonante, distribuidos en dos cuartetos y dos tercetos. Los cuartetos deben compartir las mismas rimas, y los tercetos pueden componerse a gusto del poeta, con la única condición de que compartan al menos una rima. En este sentido, Juan Antonio Ruescas presenta variedad de uso. La estructura interna del soneto en cuartetos y tercetos, y aún más en el caso del soneto clásico, modelo al que tiende nuestro autor, permite el tratamiento poético de un asunto central siguiendo un cierto orden lógico que incluye una introducción, un desarrollo y una conclusión. En este libro se encuentran ejemplos claros de esta estructuración como un recurso para lograr la eficacia en el tratamiento de un asunto central y, como es lógico, en su comunicación poética. Así, por citar sólo unos cuantos de la primera parte, pueden leerse los titulados “Desespero”, “Exabrupto”, “Nublo y amargor”, “Pleno día” y “Fe de ateo”.

Otro aspecto importante que deseo subrayar es el hecho de que los poemas se presenten como resultado de un intenso proceso de escritura en el que su autor toma la materia prima de la memoria de lo sentido, puesto que, como él bien dice, el sentir brota natural y espontáneamente, para elaborar con la misma una partitura textual capaz de retener la experiencia del sentir para ser revivida por el propio poeta y, muy especialmente, por otros lectores, cumpliéndose así una ley que explica toda literatura: un arte que hace perdurable lo efímero. Por eso *Sonetos de sentires varios* se alimenta de experiencias vitales de todo tipo y condición:

transcendentes, amorosas, espaciales y temporales, mayores y menores, graves o irónicas, profundas o superficiales; experiencias que, de no ser por el artefacto verbal que es todo poema, quedarían nubladas en la mente o simplemente desaparecidas una vez que tuvieron lugar. Este es un valor y no pequeño del poemario. Esto es lo que lo convierte en un estético registro de vida, lo que explica que incluya cerca de treinta paratextos aclaratorios al comienzo de los poemas, paratextos que condicionan e iluminan la lectura. Y no sólo están los paratextos, sino que también usa los títulos como un registro sobre todo de espacios naturales y urbanos como en la sección “Sonetos de lugares sentir”. De ahí también que, puesto el poeta a cincelar su obra en esa estructura de catorce versos y cuatro estrofas internas, logre resultados de calculada sencillez no exenta de una propensión hacia la agudeza y el ingenio que incluye a veces juegos metalingüísticos, como en “Soneto del picajoso”, sabias interrogaciones que oscilan entre las propiamente retóricas, esto es, aquellas de las que conocemos las respuestas como en “Velero y ciprés”, y las que verdaderamente quedan sin respuestas y pendientes de un hilo como en “Nublo y amargor”, materialización de una duda relativa a la existencia de Dios.

Precisamente, y en un libro tan intensamente elaborado nada es gratuito, el poemario comienza con la sección que llama “Sonetos del hondo sentir”, una sección que reúne los quince poemas de mayor gravedad del libro, unos sonetos que son fruto de lo que Ruescas explica en sus palabras preliminares de la siguiente manera:

En fin, conjuntamente con las mostraciones de lo más o menos llano y sensible, se podrá percibir en estos sonetos, ya desde el primero, cierta inclinación -valetudinaria para algunos- a pensar con inquietud ¿trascendental? Es hábito, “ingrediente del alma”, con el que también, al igual que muchos humanos, está “amasado”.

Esta sección nos introduce, pues, en un mundo en el que el poeta ya se pregunta por el ser ya muestra su sed de luz ya indaga en el pozo del hastío y de la conciencia, ya mira a través del blanco papel sobre el que delinea sus versos al cielo físico y al recinto celeste donde según nuestra cultura se aloja la divinidad, ya palpa la soledad y el miedo a ella peor que la soledad misma, ya defiende la verdad y el decir poéticos frente a los tachan de mentira y quimera, ya muestra su humana conciencia de la muerte y paralelo deseo de vida, ya interpela a Dios damasianamente por su existencia, ya lo percibe en todas las cosas, ya acompasa su declinar con el declinar de la tarde frente a un paisaje manchego de calma y puro vacío llenos, ya se pregunta tras romper los ciclos de la vida natural por encontrar su escapada y conjurar así en luz y júbilo la noche y la muerte, ya se pregunta por el dolor y el mal como camino del bien concluyendo con una poderosa imagen del Cristo clavado en la cruz y sus llagas, ya hibrida el procedimiento de la ékfrasis de la Inmaculada de El Escorial con su sed de trascendencia, ya finalmente, como en “Fe de ateo”, enumera sus dudas y proclama por la vía de la paradoja la presencia de Dios a su lado.

Estas son las palabras mayores del libro, pero *Sonetos de sentires varios* también se llena, como he dicho antes, de otras muchas palabras, palabras de amor, por poner el caso, en varias de sus facetas; los poemas que Ruescas llama “llanos” donde alcanza su protagonismo una serie de asuntos menores tratados a veces con ternura, otras con ironía o incluso con crítica, en los que homenajea a poetas, pintores, músicos y otros personajes de su gusto; poemas donde los espacios rurales llaman su atención como crisol de su experiencia y no pocas veces ejemplo de vida sencilla y plena, además de los que ofrece un Madrid polifacético, algunas ciudades y tierras de Castilla, de Andalucía, con alta presencia de Granada, y Galicia, sin olvidar los que dedica al mar, ese macrosímbolo de nuestra cultura; concluyendo nuestro libro con la sección dedicada al tiempo como asunto poético en varios aspectos y sentidos.

Hasta aquí mis palabras que quieren servir sobre todo de invitación a la lectura de un libro que es a la postre el libro de una vida, un libro que es fruto de una alta sensibilidad e inteligencia creadoras de un poeta que pone en catorce versos mayores, en la clásica forma estrófica del soneto, la visión estética del mundo en que habita.